

## SEGUIR A JESÚS EN POBREZA Y LIBERTAD (Diccionario Teológico de la Vida Consagrada, pgs. 1327-1335. Victoriano Casas)

En el Antiguo Testamento no se llegó a una espiritualidad de la renuncia y distanciamiento de las riquezas. Esta novedad será propia de la vida, del estilo y del espíritu de Jesús, el Cristo. La pobreza, en todos sus aspectos, es un mal. Es una experiencia dolorosa, que, con todo, ha hecho que tantos empobrecidos y humillados hayan aceptado su condición presente con una incondicional confianza en Dios, que ama a los desvalidos y los salva. Esta entrega a la misteriosa voluntad de Dios, como Job, esta aceptación de la condición de débiles y maltratados, queridos por Dios, conduce a la pobreza del Evangelio, como seguimiento de Cristo pobre, devaluación de los bienes terrenos y distanciamiento radical de ellos.

### 1. LA POBREZA DE JESÚS

Jesús procedía de un medio de obreros manuales. Lo mismo que José, El era un trabajador del ramo de la construcción, es decir, albañil, carpintero, y ebanista, todo a la vez. Ayudó a su padre en el trabajo y con él aprendió el oficio manual. «¿No es éste el carpintero?» (Mc 6,3). «¿No es éste el hijo del carpintero? (Mi 13,55)». Según el mártir san Justino (100-165 d.c.), Jesús mismo «había hecho arados y yugos».

Llegado el momento, el ministerio público de Jesús estuvo marcado por la predicación itinerante. Las gentes sencillas van detrás de El. Quedan sobrecogidas del poder de su enseñanza. El escogió un grupo de discípulos, que se adhirieron a su persona, a su género de vida y a su enseñanza. Los maestros judíos enseñaban la Ley y su interpretación. Lo hacían en un lugar fijo, rodeados de sus adeptos, únicamente hombres. A Jesús lo llamaron también maestro (rabi). «Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: "Rabí, bueno es estarnos aquí"» (Mc 9,5). Jesús, sin embargo, no pertenece a la clase de los doctores judíos. La doctrina de Jesús no tiene origen en el aprendizaje de una escuela o en el esfuerzo de una carrera de estudios. El vive a la escucha del Padre, dentro de su corazón. Este rabí suscita admiración y estupor. «Los judíos, asombrados, decían: "¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado?"» (Jn 7,15). «Jesús está fundamentalmente fuera de aquella tradición didáctica unitaria comprobable en el judaísmo. No se le puede encasillar con criterios tradicionales... Jesús franqueó conscientemente el abismo entre los teólogos eruditos y la 'am ha-aretz (gente de la tierra) ignorante, abismo que, en su tiempo, determinó el judaísmo palestino».

Entre los rabinos estaban mal vistas la renuncia a los propios bienes y la distancia radical y cordial de la riqueza. «Rabí Meír enseña: cada cual enseñará siempre a su hijo profesiones decentes y fáciles y ha de orar a Aquel de quien son las riquezas y los bienes, porque no hay profesiones que tengan la pobreza o la riqueza, ya que la pobreza no viene de la profesión ni la riqueza procede del oficio, sino que todo es conforme al mérito». Jesús vivió en la inseguridad, en una situación precaria como la de todos aquellos que se hallan privados de protecciones y de alianzas. Jesús vivió sin casa, como extranjero y peregrino en esta tierra. Seguirle quiere decir, por lo mismo, afrontar una existencia desprovista de seguridades humanas, caracterizada por la pobreza. Los discípulos del maestro no tienen permiso para instalarse cómodamente en este mundo, la coherencia de vida y las consecuencias de un talante espiritual marcan siempre el camino de los auténticos seguidores de Jesús. Compartir el tipo de existencia de Jesús no tiene nada que ver con la búsqueda de seguridades de este mundo. «Mientras iban caminando, uno le dijo: "Te seguiré adondequiera que vayas". Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza"» (Lc 9,57-58). El aprendizaje en la escuela de Jesús no da, como la de los viejos maestros israelitas y la de los nuevos y respetados maestros de este mundo, el prestigio y la gloria que los discípulos buscan. El rabí Jesús revisa el concepto de discípulo: del plano académico lo traslada al plano existencial. Sus verdaderos discípulos no son aquellos que aprenden la lección, que escuchan de sus labios, sino los que viven como El.

Ellos están asimismo llamados a aventurarse en una existencia precaria, incierta, insegura en el nivel material y, más aún en el moral. Quien está desprovisto de medios, se encuentra a merced de todas las sorpresas. La vida hecha por el «siervo» Jesús fue una vida despojada y pobre. Es la experiencia a vivir de parte de sus seguidores ".

El alcance de los gestos, de la vida y de las palabras de Jesús no puede descubrirse sino a la luz de la Pascua de Resurrección. La radical y verdadera pobreza de Jesús, por lo mismo, está en el rebajamiento de su persona. «Se despojó a sí mismo» (Flp 2,7). Jesús renuncia a imponer su ser divino. Su ser humano y la vida que El llevó son un despojamiento de sí mismo. En Jesús nos sale al encuentro la entrega y la ayuda de Dios en forma de pobreza, como gratuidad ofrecida y aceptable por todos. En la vida y en el ser de Jesús se revela al hombre la corriente inagotable de amor que Dios es. Dios, por la actuación de Jesús, cambia nuestra realidad. Tomando Dios sobre sí nuestra pobreza, rompe la atadura del destino y nos salva. «El que era rico, se ha hecho pobre por nosotros, para que nos enriquezcamos por su pobreza» (2 Cor 8,9). Los creyentes han de saber que, para participar en la riqueza de Cristo, les es indispensable asimismo participar en el misterio de «pobreza» y despojamiento que se nos ha revelado plenamente por la muerte de Jesús en la cruz. La salvación pasa por la pobreza y el despojamiento. A través de ellas Dios revela su poder en la impotencia. Vida entregada, amor gratuito y generoso es Dios, comunicándose así en Cristo y en los cristianos. La gracia de Dios se ha hecho visible en Cristo, como capacidad de entrega, como misterio de despojamiento y de pobreza".

Jesús vivió aceptando plenamente esta condición humana nuestra. El, por lo mismo, se sometió a nuestras debilidades y soportó igualmente nuestras enfermedades (Mt 8,17). La relación fundamental la tuvo Jesús con Dios. Desde ahí, El vivió la fragmentariedad, la obscuridad, la provisionalidad, la limitación de la condición humana, a la vez tan dura y tan gozosa. Es la actitud de obediencia, de escucha hasta la muerte, la que hizo que Jesús venciera la rebelión del pecado y la seducción de la codicia mediante la confianza en Dios su Padre y en una existencia despojada, humillada y pobre. «Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). Ese más que Jesús es, como Mesías de Dios, se presentó y presenta a los hombres en un menos de humillación, de pobreza y de muerte. «Aquí hay algo más que Jonás... Aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12,41.42). El desvalimiento del amor del Padre nos sale al encuentro en su pobreza y ternura. El es el templo de Dios para los hombres. En El son acogidos los pobres y los despreciados, los agotados y los estrujados bajo la opresión de los «ricos» despóticos y triunfantes (Job 24,242). Jesús no se impone con la violencia; al contrario, El es solidario con los humildes y los pobres. Su yugo es fácil de llevar. Se trata precisamente de imitarlo en la andadura del amor compasivo y misericordioso hacia los más hundidos y perdidos. Sólo así la existencia destrozada halla su descanso. «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28).

Quienes son pobres como Jesús, viviendo su pobreza, dicen sí a los despilfarros del amor. La generosidad de la viuda pobre, que forma parte de las gentes sencillas y pobres, del todo abiertas y disponibles a Dios, contrasta con la codicia de los escribas y de los ricos soberbios. Aquella, echando dos moneditas, ha expresado el don total de sí misma a Dios *con todo lo que tenía para vivir* (Mc 12,41-44). Por otra parte, los discípulos se manifestaron en contra de la mujer del perfume. Quien, seducido y atraído por el amor de Jesús, gasta en El todo su haber, experimenta ya la pobreza y, a la vez, la libertad de vivir la generosidad. La veneración de Cristo lleva a comprometerse a asistir a los pobres. «Pobres tendréis siempre con vosotros y podréis hacerles bien cuando queráis; pero a mí no me tendréis siempre» (Mc 14,7).

El juicio condenatorio contra toda riqueza soberbia se pronuncia teniendo ya en este mundo un corazón de pobre, que acoge el evangelio, como la riqueza y el gozo que Dios es, que está pacificado y manso en la tierra de Dios, que es generoso y pronto al perdón, a la reconciliación, a la paz entre contendientes, que vive el riesgo de la fidelidad y de la coherencia pagando con la propia vida (Mt 5,340). Ser testigos de Dios «pobre» y gratuito, desde Jesús y como Jesús, comporta vivir y presentarse desarmado, con las manos vacías, el corazón de pobre en medio de los hombres. Sólo así, por hombres nuevos, despojados y transformados, se hace entender la riqueza de la fe en Jesucristo. «El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor 5,17).

## 2. PELIGROSIDAD Y DISTANCIAMIENTO DE LA RIQUEZA

La simple sabiduría humana ha reconocido siempre la fragilidad de la riqueza. «El hombre de malas intenciones corre tras la riqueza, sin saber que lo que le viene es la indigencia» (Prov. 28,22). Quien no huye de la codicia, está abocado a la indigencia 20. El rico tiene como única «gloria» y fundamento las cosas. La muerte es la enemiga de la ilusión de las riquezas. No se puede uno «agarrar» a ellas para salvarse de la muerte. «No te preocupes si se enriquece un hombre y aumenta el fasto de su casa: cuando muera, no se llevará nada, su fasto no bajará con él» (Sal 49,17.18). La riqueza no tiene un «más allá». Sólo el, hombre fiel puede experimentar y esperar un futuro. Al adentrarse en el misterio de Dios, puede el hombre vivir asumiendo las contradicciones de la existencia y descubrir una luz de sentido en esta barahúnda que ensordece y vuelve estúpidos. « ... Hasta que entré en el misterio de Dios, y comprendí el destino de ellos... Me guías según tus planes y me llevas a un destino glorioso» (Sal. 73,17.24).

El fiel a Dios constata, sobre todo, que la riqueza está frecuentemente unida a la injusticia. Los profetas denuncian a los que oprimen a los pobres. El empobrecimiento de las mayorías obedece al enriquecimiento, a su costa, de una minoría depredadora. De ahí que lleguen a identificar a «rico» con «impío» (Is 53,9). La peligrosidad de la riqueza se manifiesta, asimismo, en que ella es la fuente del orgullo. La necedad del rico es tal que intenta pasar por sabio y entendido, «El hombre rico se cree sabio, pero el pobre inteligente' lo desenmascara (Pror 28,11), La hartura de riquezas mata la fe y arrastra a la increencia.

El rico satisfecho y soberbio no es creyente. «Déjame gustar mi bocado de pan, no sea que llegue a hartarme y reniegue, y diga: "¿Quién es el Señor?"» (Prov 30,8.9). La precisión, que corrobora la experiencia, es que la seguridad puesta en los bienes efímeros de esta tierra separa de la confianza en el Dios vivo. La insolencia se alimenta de las riquezas. El «temor de Dios», o sea, la actitud totalmente religiosa, lleva a la veneración, hace la fe profunda, introduce en el espíritu de adoración y purifica el corazón. La «ironía» de la impiedad está en que al no apoyarse en Dios, sino en las riquezas hace insolentes a los hombres. «Mirad al valiente que no puso en Dios su apoyo, confió en sus muchas riquezas, se insolentó en sus crímenes» (Sal 52,9).

La riqueza, pues, no es condenada, sino que su valor es relativizado y se advierte al hombre de la moderación y discreción en su uso. Sólo el Señor y una actitud vigilante del creyente pueden librarlo de verse arrastrado y aplastado por la codicia. «Dos cosas te pido, no me las rehúses antes de mi muerte: Aleja de mí la mentira y la palabra engañosa; no me des pobreza ni riqueza» (Prov 30,7-9).

En el Antiguo Testamento, sin embargo, no encontramos, de manera habitual, la invitación explícita a renunciar y a distanciarse de los bienes de este mundo para el encuentro y el servicio a Dios. Esta será la novedad de Jesús. Para todos los hombres y en cada momento de la historia, la pobreza es una de las formas del misterio del mal. La respuesta a este problema no puede ser dada suficientemente desde el ámbito intelectual, sino desde la fe: la realidad misteriosa de esta experiencia ha de ser afrontada por cada uno personalmente delante de Dios. La iluminación plena de este misterio se da en Jesús, manifestación total de la gratuidad del Dios «pobre» y de su amor generoso.

En vistas a entender la actitud de Jesús frente a los bienes terrenos es básico el reto del sermón de la montaña: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33). En el vértice del compromiso y de la búsqueda del hombre ha de estar el reino de Dios. Cristo invita a abandonarse confiadamente en las manos del Padre, aceptando vivir el hoy, lleno de su bondad y de su amor. Se trata de no programar la historia en la conciencia de que se está sólo, sino de que caminamos dentro de la presencia providente del Padre.

La libertad del frenesí de la codicia como del ansia y de las preocupaciones del vivir de cada día tiene su justificación en que la vida vale más que todo aquello que la sostiene. La garantía de la vida se halla en la acción soberana del Padre, que tiene cuidado hasta de los animales considerados impuros, como los cuervos, y de las cosas efímeras como las flores del campo o la hierba que germina sólo para un día. Es una necedad afanarse por la vida, siendo así que el hombre no tiene poder sobre ella. Cristo, sin embargo, no se queda en reflexiones poéticas, sugestivas o de tipo sapiencial. El se reclama a la confianza en el Padre, que en la práctica se traduce en una búsqueda del Reino. Los hombres, según Cristo, son libres de las preocupaciones de la vida no

por un autocontrol estoico, sino porque su centro de gravedad y su punto de referencia lo constituyen la búsqueda del reino, que absorbe y centra todo su interés. Esta perspectiva de vida es tan globalizante y de raíz, ya que el reino es un don del Padre, hecho a la comunidad de los discípulos, pese a que sea pequeña, amenazada e indefensa como un pequeño rebaño: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (Lc 12,32). Este reino empieza a implantarse allí donde los discípulos ponen sus bienes a disposición de los pobres. El único modo de rescatar al hombre de la posesión de los bienes es compartiéndolos: «Vended vuestros bienes y dad limosna» (Lc 12,33). Jesús ofrece a los hombres la experiencia vivida por él: La liberación del ansia cotidiana es una apertura confiada y total al reino. En la práctica es un des-centramiento de sí mismo para construir y vivir con todas las fuerzas la justicia del Evangelio de Cristo.

Servir a Dios y servir a «Mammón» se excluyen mutua y radicalmente. «Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero» (Lc 16,13). *Mammón es poder o propiedad*, y como tal es una realidad contrapuesta a Dios. No se trata sólo del dinero en sentido técnico, sino del *poder económico*, que secuestra al hombre de manera totalizante, paralizante y alternativa respecto a Dios. Mammón es el equivalente del ídolo bíblico. Mammón, ciertamente, es siempre inicuo, injusto, en cuanto que es fruto de la codicia, de la acumulación y fuente de la falsa confianza. «Yo os digo: Hacedos amigos con el Dinero injusto» (Lc 16,9. Cf v. 11). Cuando esto sucede, se crea, solidaridad, que traspasa la esfera y los intereses de este mundo. Dándolo y compartiéndolo con los pobres, éstos se convierten en amigos y clientes ante Dios. Es aquí donde se decide la fidelidad de los discípulos: En el uso del *dinero injusto*. Quien se adentra en esta experiencia, vive la libertad de servir a Dios con el corazón limpio. Es esta libertad y este desinterés lo que hace a los hombres dignos de confianza para las tareas de servicio a favor de los demás en la *fraternidad del evangelio*. La riqueza encierra, pues, un carácter demoníaco, porque ata al hombre y lo hace sordo a la llamada del Reino de Dios.

El distanciamiento de las riquezas, por su peligrosidad, es expresado por Jesús en la narración simbólica del hombre rico y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31). El destino del rico, indiferente hacia el pobre, acaba en una ruina total e irreversible. El destino del pobre, prototipo del hombre justo y fiel, termina en una espléndida comunión de vida con todos los justos.. El hombre incapaz de abrirse a la propuesta salvífica de Dios es el rico frívolo y sordo al clamor del sufrimiento de los pobres. Ciertamente, el evangelio de Cristo no privilegia, ni condena, de manera maniquea, una condición económica u otra, la pobreza o la riqueza; con todo, y de manera decidida, hace entender que la conversión y la fe no pueden germinar ni madurar sin que explote la situación socio-económica en la que el hombre hasta ahora ha estado viviendo. Dios es el «amigo de los pobres».. La conversión a El pasa por la conversión a los que El más ama. Este acontecimiento de gracia se da cuando hay escucha y adhesión al testimonio histórico que el Señor ofrece en la sagrada Escritura, Moisés y los profetas. Abrirse a las señales históricas de la acción de Dios, tal y como es interpretada por los profetas, es el camino normal, que adentra en el proceso de conversión, conducente a una fe viva".

El fraude de la riqueza forma parte de las espinas que ahogan la semilla en germen de la palabra e impiden que dé fruto. «Las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la Palabra, y queda sin fruto» (Mc 4,19). Si no se vigila por mantener la tensión original, la semilla de la Palabra es ahogada por la seducción de las riquezas. Para entrar en la vida plena y definitiva, la salvación total del hombre, es preciso que éste permita que Dios haga el milagro de despojarlo de las riquezas. Desde una perspectiva humana esto resulta absurdo y loco, imposible y ridículo: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!... Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios» (Mc 10,23.25). Ni la habilidad ni los esfuerzos del hombre pueden hacerlo entrar en el reino de Dios. Eso es arrogancia. Uno entra si deja que lo entren. Pretender condicionar el amor gratuito y la libertad de Dios a base de méritos o virtudes, de estratagemas o «puertas anchas» hace que el hombre permanezca alejado del *milagro de Dios*. «Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios» (Mc 10,27).

A quienes Jesús invita al seguimiento, la prioridad del reino ha de estar sobre cualquier otra. Los que han recibido la invitación al seguimiento de Cristo han pasado de la muerte a la vida. Lo más urgente es anunciar el reino. Para esta tarea faltan siempre obreros. «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9,60). La causa de Jesús es el reino de Dios. El tiene siempre necesidad de discípulos para esta tarea y no para gloria de los llamados. Quien no esté dispuesto a posponerlo todo y a posponerse a todos, no puede entrar en su seguimiento. Es preciso, para ello, sacrificar cualquier otro lazo, aun el familiar, así como cualquier otra consideración referente a los propios proyectos e intereses. La decisión por el seguimiento puede crear contrastes y hasta divisiones en el ámbito de la propia familia. Dejarse intimidar por los vínculos más queridos resulta un tropiezo para andar el camino de Dios en libertad. «Si alguno quiere venir donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,26). El seguimiento de Cristo «pobre» es una experiencia de despojo y pobreza. Para tener a Cristo es preciso perder tantas cosas, incluso muy queridas. Todo esto produce tremenda perplejidad, miedo y vacío afectivo. «Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, vida eterna» (Lc 18,29-30).

Los misioneros, los enviados del reino para los pobres han de ir pobres, presentarse pobres, actuar en pobreza; contando igualmente con la dura experiencia de la pobreza. ser rechazados. «No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno» (Le 9,3). Vivir la pobreza de Cristo quiere también decir exigencia de renuncia a la violencia y al derecho, o sea, la exigencia de generosidad sin condiciones. Ni reservas ni límites tiene la generosidad del evangelio. Toda petición de parte del que tiene necesidad ha de ser acogida. Todo préstamo ha de ser hecho sin esperar restitución. «A todo el que te pida da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames» (Le 6,30).

Jesús, con todo, no fue ningún asceta riguroso que contempló las riquezas con ojos fanáticos. En los sectores piadosos surgió el estribillo referido a El: «Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Le 7,34). La Predicación de Jesús no está, como la de Juan el Bautista, bajo el signo del juicio sino del amor gratuito y generoso de Dios, que lo domina todo. Los hombres pueden perdonarse porque experimentan ya personalmente el perdón de sus culpas. Los hombres no tienen ya que preocuparse ansiosamente de su sustento diario, porque tienen y viven la certeza de que la bondad de que Dios los sostiene y alimenta. De ahí que, cada día como los niños, puedan rezar : «Dadnos cada día nuestro pan cotidiano» (Lc 11,3). Los hombres no tienen ya porqué replegarse medrosos y obsesionados alrededor de su propia seguridad, sino que pueden aventurarse a la audacia de amar, incluso a sus enemigos y de renunciar en libertad de espíritu a la sugestión de la violencia, porque les ha salido al encuentro y se han dado de bruces con el amor ilimitado e incondicional del Padre Dios (Lc 6,27-36). Quien únicamente está pendiente de sus bienes, olvidando por ello a su prójimo, vive en esa seguridad medrosa, egoísta y centrada en sí mismo. Es el nefasto ídolo «mammón», el que impide a los hombres acoger la invitación amorosa de Dios, el Padre bueno, que sale al encuentro y acoge a los pobres, despreciados y enfermos, que se presentan ante El con las manos vacías como el hijo pródigo.

Cristo se sitúa fundamentalmente ante la riqueza con la misma atrevida y escandalosa libertad e imparcialidad que muestra ante los poderes estatales, la dominación extranjera de los romanos y sus cómplices y colaboracionistas judíos, el empecinamiento de los teólogos fariseos o la altivez despectiva de los letrados escribas y su farándula. De hecho todas estas cosas quedan sin vigor en virtud de la proximidad, novedad y gratuidad del Reino de Dios, en el que «muchos primeros serán últimos y los últimos, primeros» (Mc 10,3 1). Y es que la lógica paradójica de la fe cristiana realiza un cambio sorprendente de valores. Cristo es extraordinariamente severo con «mammón», ya que éste consigue aprisionar el corazón de los hombres adquiriendo así un carácter diabólico, oscureciendo la voluntad clara del Dios vivo, o sea, la necesidad del prójimo. La adoración de «mammón» se da siempre allí donde los hombres aspiran y se dejan seducir por la codicia y, quedando atrapados por ella multiplican sin cesar sus posesiones, sus bienes, sus riquezas, queriendo y ejerciendo dominio sobre otros por su medio. Todo este estímulo de libertad frente a la peligrosidad de la riqueza, su violencia, su poder de dominación, de marginación y de muerte brota del mensaje de Cristo. Este mensaje ha sido llevado a la práctica por Jesús y por sus más allegados y auténticos discípulos, llamados por El a seguirle. La fuerza que surge de Cristo resucitado, el Evangelio, es siempre más fuerte y vigorosa que cualquier violencia humana.

